

NUEVAS TRAZAS PARA LA CATEDRAL DE CADIZ

Por Pedro Navascués Palacio

La historiografía de la catedral gaditana, que contaba con una antigua e importante documentación en los escritos de Ponz (1), Maule (2) y Urrutia (3), ha ido enriqueciéndose en nuestros días con el análisis de los propios proyectos, desde el esfuerzo hecho por don Pablo Gutiérrez Moreno, en el calco de los dibujos originales que se encuentran en muy mal estado de conservación (4), pasando por la paciente labor de búsqueda de testimonios gráficos llevada a cabo por René Taylor (5), hasta cristalizar, por fin, en la catalogación de todos estos dibujos que componen un rico fondo documental en la catedral de Cádiz, llevada a cabo por el canónigo archivero don Pablo Antón Solé (6).

Me cabe la satisfacción de aportar ahora nuevos datos al proceso de la construcción de la catedral gaditana, dando a conocer una magnífica serie de trazas que conserva la Escuela de Arquitectura de Madrid, debida al generoso legado que en su día hizo don Luis Blanco Soler. Estos dibujos, con otros apuntes y rasguños, amén de una memoria extraviada durante nuestra guerra civil, son el resto de un núcleo documental más amplio del que sólo conozco los proyectos debidamente conservados en la Escuela, así como otros menores que han llegado a nosotros a través de fotografías que ahora se publican también por vez primera. De unos y otros me ocuparé en este breve trabajo.

En la serie conservada en la Escuela de Arquitectura destacan por su interés los alzados de las fachadas principal y lateral, así como la sección longitudinal de la iglesia, que repiten el proyecto de Torcuato Cayón del archivo catedralicio (7). Aunque los dibujos están sin firmar resulta evidente que se trata del proyecto que Cayón preparó en 1775, fecha con la que concuerda además la leyenda que acompaña al escudo de la catedral, en uno de los dibujos de la serie que comentamos: «Gadibus Anno M.DCC.LXXV.» Dichos alzados y sección, sin los textos ni notas de los originales conservados en Cádiz, y con levisimas diferencias en lo decorativo, no sólo nos resarcan por su perfecta conservación del penoso estado en el que se hallan los de Cádiz, sino que al tiempo los complementan, como sucede con el que deja ver en todo su desarrollo el flanco occidental de la catedral, según la idea de Torcuato Cayón, y que falta en la serie de Cádiz (fig. 1).

Los dibujos de Madrid debían formar parte, junto con la memoria perdida en 1936-39, de un completísimo informe bien con destino a la Academia de San Fernando para su aprobación, bien para presentarlo

(1) PONZ, A., *Viaje de España*, Madrid, Ed. Aguilar, 1947, págs. 1564 y ss.

(2) MAULE, Conde de, *Viaje de España, Italia y Francia*, vol. XIII, Cádiz, 1813.

(3) URRUTIA, J. de, *Descripción histórico-artística de la Catedral de Cádiz*, Cádiz, 1843.

(4) GUTIERREZ MORENO, P., «La cúpula de Vicente Acero para la catedral de Cádiz», *Archivo Español de Arte y Arqueología*, 1928, n.º 12, págs. 183-186.

(5) TAYLOR, R., «La fachada de Vicente Acero para la catedral de Cádiz», *Archivo Español de Arte*, 1969, n.º 167, págs. 302-305.

(6) ANTÓN SOLÉ, P., *Catálogo de Planos, Mapas y Dibujos del Archivo Catedralicio de Cádiz*, Cádiz, 1976.

(7) Los tres dibujos de la Escuela de Arquitectura están delineados y lavados con tinta negra y sus medidas difieren de las que Antón Solé da para los de Cádiz: Fachada principal, 95 × 78 cm. (Cádiz, 93 × 122); fachada occidental, 80 × 101 cm. (Cádiz, 93 × 124); sección longitudinal, 80 × 105 (Cádiz, 90 × 118).

en la Corte, en uno de tantos viajes que el diputado del cabildo hubo de hacer desde la capital andaluza, para conseguir del rey una exacción sobre el comercio con América, a fin de recabar los fondos necesarios para la continuación de la obra. En este doble aspecto no debe olvidarse que Torcuato Cayón, al hacerse cargo de la obra como maestro mayor en 1769, y no en fechas muy anteriores como se ha venido afirmando (8), hubo de ponerse en contacto tanto con la Academia, atenta al planteamiento estético del proyecto, como con la Administración central, preocupada por los aspectos financieros de la obra. En efecto, Cayón debió de hacer certificaciones y valoraciones a fin de adelantar estimaciones presupuestarias, como la enviada a Madrid en febrero de 1773, en forma de certificación jurada, para justificar la petición de 300.000 pesos, a repartir en seis años, para hacer frente a la construcción de los «arcos, bóvedas, cuerpo de luces, cúpula y solería», sin incluir en esta suma y plazo las llamadas obras exteriores —sagrario, sacristía, atrios, torres, etcétera—, ni la guarnición interior «como correspondía al arte y magnificencia del edificio», todo lo cual exigía algo más de ochocientos cincuenta mil pesos (9).

Por otra parte, y frente a la Academia de San Fernando, Torcuato Cayón tenía la enorme responsabilidad de transformar el proyecto de Acero que consideraba, desde una posición academicista, como monstruoso y extravagante. Más no pudiendo hacer ya nada por remediar la planta, ni siquiera en todo lo ejecutado hasta la primera línea de cornisas, se limitó a resolver los alzados con una sobriedad clasicista, «peinando» —en expresión del propio Cayón— los excesos decorativos y quitando los ornamentos «por ser de aquellos que llaman de golpes de talla sin pies ni cabeza» (10). Cayón, que simplificó en general el proyecto de Acero, introdujo sin embargo modificaciones sustanciales en la fachada y la cúpula. Esta abandonó su inicial imagen barroca, no sólo al eliminar los movidos perfiles que le diera Acero, sino al renunciar a los dos cascos que disociaban la imagen interior de la exterior en beneficio de una hoja única. Asimismo Cayón corrigió el cuerpo de luces del proyecto inicial concibiéndolo ahora como un auténtico tambor con elementos que proceden tanto del modelo de San Pedro de Roma, modelo que Cayón conoce y cita (11), así como de El Escorial.

En relación con la fachada tuvo que actuar igualmente con cierta energía, pues tanto el aspecto general de su alzado como la «extravagancia de los ornatos de algunos nichos llenos de tambanillos y braguetones, a lo tallista o retablero», impedían ofrecer una imagen renovada de su arquitectura. Sin embargo Cayón actuó, a nuestro juicio, con una buena dosis de respeto hacia la obra de Acero en la fachada principal, pues si bien es cierto que remodeló y redujo las torres, no obstante conservó intacto su espíritu barroco visible en los alzados, perfiles de cornisas, remate bulboso, etc., hasta tal punto que la relación formal entre las torres del propio Cayón y la cúpula se hace difícil. Pero este respeto no se ciñe sólo a los cuerpos superiores, sino que Cayón, pensó en un primer momento conservar el tercero de los basamentales proyectados por Acero, según la traza inédita (12) que ahora publicamos (fig. 2).

Posiblemente se trata de un tanteo en el difícil proceso de reducción de escala que lleva a cabo Torcuato Cayón y que afectaba precisamente a la bóveda de la capilla mayor, a la cúpula y finalmente a las torres. En el diseño que comentamos los dos cuerpos basamentales de las torres alcanzan una altura que coincide con el cornisamiento de la fachada reelaborada por Cayón. De un elemental análisis se desprende lo desproporcionado de su corpulencia, tanto por la altura alcanzada como por el tratamiento duro de los esquinales y huecos almohadillados. Por esta razón en el paso siguiente reduciría su altura tal y como ha llegado hasta hoy el basamento de ambas torres, coincidiendo con el proyecto de 1775.

Entre las trazas que ahora damos a conocer se encuentran varias plantas de la catedral que no aportan

(8) En efecto, no parecen probables las fechas de 1757 (FALCÓN, T., *Torcuato Benjumeda y la arquitectura neoclásica en Cádiz*, Cádiz, 1974, pág. 46), ni la de 1759 (ANTÓN SOLÉ, P., *La catedral de Cádiz. Estudio histórico y artístico de su arquitectura*, Cádiz, 1975, pág. 28), así como tampoco la que adelantó Llaguno de 1762 (LLAGUNO, E., *Noticias de los arquitectos y arquitectura de España*, Madrid, 1800, t. IV, pág. 100), pues si bien Torcuato Cayón había entrado mucho antes en contacto con la catedral como ayudante de su tío Gaspar y de su padre José, y luego como aparejador de la obra, para ostentar la maestría mayor era necesario recibirse de arquitecto de mérito en la Academia de San Fernando, cosa que no ocurrió hasta 1763. No se olvide que el propio cabildo de la catedral obligó a Miguel de Olivares, sucesor de Cayón en la maestría, a conseguir aquel grado académico-profesional en un plazo de seis meses para poder ostentar el nombramiento de maestro mayor. Por todo ello parece más lógica la fecha apuntada por Urrutia, quien en su libro afirma tajantemente que fue nombrado Torcuato Cayón maestro mayor de la catedral de Cádiz el 10 de febrero de 1769, por acuerdo de su cabildo, con un sueldo de mil pesos (URRUTIA, *ob. cit.*, pág. 61).

(9) URRUTIA, *ob. cit.*, pág. 72.

(10) Carta de Torcuato Cayón recogida por PONZ, *ob. cit.*, pág. 1565.

(11) Vid. nota anterior.

(12) Dibujo delineado y lavado con tinta negra. Medidas: 52,5 × 94 cm.

nada nuevo sobre lo que ya conocemos, si bien alguno de sus detalles, igualmente inéditos, son de una gran belleza y pulcritud, dejando adivinar la mano y el talento de Torcuato Cayón (fig. 3).

Pero entre aquéllas hay una que llama la atención por ser anterior a la intervención de Cayón como maestro mayor y por acercarse mucho al proyecto de Acero (fig. 5). Me refiero a aquel momento, no estudiado aún, en el que la catedral todavía no se concibe como edificación aislada, según se desprende de la posterior planta de Torcuato Cayón, sino que llevaría una serie de dependencias agregadas, especialmente en el costado occidental. Ello puede verse en forma clara en la planta de 1725 que calcó Gutiérrez Moreno, en la que además de la capilla de las Reliquias aparece una sala oval, pensada para sala de juntas, así como la sacristía mayor, siendo la pieza más importante la magnífica capilla de planta ochavada concebida sin duda como sagrario. Esta pieza ha pasado inadvertida para cuantos han escrito sobre la catedral gaditana, e incluso extraña que el propio Gutiérrez Moreno, al calcar la planta y la fachada occidental no observara que este alzado no corresponde a la planta, pues en él no se recoge el volumen que arrojaría la cúpula del sagrario, cuya bóveda salvaría una luz ligeramente inferior a la de la gran capilla mayor, ni lo que parecen dependencias en torno a un claustro en el referido plano atribuido a Vicente Acero. Sobre este plano debió intervenir Gaspar Cayón a quien podría atribuirse esta planta en la que se conserva lo fundamental de Acero, si bien se introducen algunas modificaciones en la línea de la fachada, así como la extraña presencia de unas portadas interiores (?) en los brazos del crucero. Asimismo aparecen dos capillas nuevas en el lado de la Epístola y las dependencias ideadas por Acero pero con otra distribución. Todas estas piezas se organizaban en terrenos propios de la catedral, entre la calle de San Juan y la prolongación del Campo del Sur, al que daban igualmente la segunda sacristía y otras oficinas, al este de la cabecera, todo ello dentro de una misma e irregular manzana, tal y como puede verse en los planos de la ciudad de Cádiz a comienzos de nuestro siglo. El posterior proyecto de Torcuato Cayón vendría a suprimir todos estos elementos agregados, dejando la catedral aislada, como edificio exento, según se ve en la planta de la ciudad que acompaña a la serie documental de 1775, conservada en la Escuela de Arquitectura.

Finalmente añadiremos que en este lote se encuentra un dibujo singular (13), sin firma ni fecha, quizás de Gaspar Cayón y de hacia 1750, que responde al proyecto de instalación, muy posiblemente en la catedral vieja, de la custodia grande de Antonio Suárez (1648-64), la cual a su vez albergaba el célebre «Cogollo». Este último no aparece en el dibujo pero sí en cambio puede reconocerse la obra del citado platero, presidiendo el retablo de caprichosa traza tardobarroca con graciosos detalles rococó (fig. 4).